



# PORNUS

ULISES NOVO

# **PORNUS**

**Ulises Novo**

A Marian Orruño

“Lo primero sería decir que la prostitución es el corazón de una industria, la industria del sexo. Esta industria no ha hecho más que ampliarse, aumentar sus beneficios y ampliar los negocios vinculados a esta industria. Desde este punto de vista podemos decir que la industria del sexo es una de las grandes industrias ilícitas del capitalismo neoliberal.

La pornografía es la pedagogía de la prostitución, porque la pornografía no solo es una parte indispensable de la industria del sexo, sino que, además, los varones que ven pornografía quieren llevar luego esas prácticas sexuales con las mujeres prostituidas”.

*Rosa Cobo*

## PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO I

“Estoy húmeda.

La culpa ya no la tiene tu polla, sino el hecho de imaginarla dentro de mí, una fuerza bruta que me sumerge en las oscuras aguas donde el miedo es demasiado reconocible para mi madre y para mí.

La complejidad no va conmigo.

La tempestad me abriga. A diferencia de otras mujeres, encuentro asilo en las ruinas.

Las metáforas son adictivas, aunque la complejidad ya no vaya conmigo.

Estoy húmeda.

Sabías desde el principio que mis bragas se mojaban enseguida. La humedad me ensuciaba con su verdad. Todavía lo hacen en la penumbra o frente a la fuente del palacio de cristal, cerca de esa cafetería donde compartimos tantas cosas.

Porque tus ojos delataban tu adicción a mí. Su gris oscuro, hipnótico y nada terrenal, te delataba.

Y tu ego, después de todo, era tan grande como tu polla, así que no había más remedio que satisfacerlo.

Tu fantasma, Richard, tiene sed de mí. Se abre paso entre mis tetas para buscar mi boca.

Necesito tu polla dentro. Pero la muerte la alejó de mí como la alejó a Ella, que también te folló bajo la claridad enfermiza que las farolas proyectan todavía sobre las fachadas; retazos victorianos de una ciudad que se ha plagado de Starbucks, de aspiradores sin cable y de coños depilados.

Richard, hazlo otra vez, por favor. Cruza ese umbral y haz que te la chupe mientras una canción de Jorja Smith suena de fondo, un latido insignificante que aporta textura a este vacío: “Blue lights, blue lights”.



## CAPÍTULO II

Me hablaba sobre un poema de John Keats mientras se quitaba uno de los guantes, un poema sobre niebla y una mujer que grita delante de una lápida.

Creo que se lo estaba inventando todo, una artimaña más para follarme desde el cerebro, para dejar que me abriera de piernas cuando me susurrara su melodía favorita: “Respira”.

Estoy húmeda, y cada vez más, y siento que su proeza radicaba en eso, en hacer que presintiera las agujas, su fría consistencia entre haces de luz que, sigilosamente, se aproximaban a mí. A mis pulmones, a mi corazón, al humor vítreo de mis ojos.

Mojaba sus dedos en mi boca y luego exploraba mi coño. Mi saliva me exploraba. Dentro. De mí. De mi coño.

La complejidad no va conmigo.

Ser sutil puede ser tan sucio como ser obscena. El poema de Keats me comía el cerebro; un gusano blanco que roía mi materia gris hasta la base de mi médula.

No era mentira; hay algo de cierto en lo de esos versos frente a una lápida. Ha sido uno de mis últimos descubrimientos, un poema inédito de Keats.

¿Cómo se puede ser tan hijo de puta?

Recitabas los versos mientras el hielo llenaba mi boca, el hielo invisible, el bendecido hielo, y ese flujo de luz que se rebelaba contra la carne y el hueso.

Mi coño. Tus dedos. Naufragaban. Naufragábamos. La sinceridad del acero. El placer se exploraba así. Desde lo sucio.

Era un narcótico; un gusano que penetraba hasta mi médula desde un punto incierto de mi cráneo.

Se había quitado el guante y sus dedos me estaban penetrando. Y luego lo haría su mano entera, mientras los versos de Keats resurgían como un mantra.



“¿Qué haré para conseguir de nuevo aquellas plumas ya nuevas, y así remontar una vez más, allá arriba, más allá del alcance de agitado Amor, y hacerle inclinarse lentamente mientras grito?”

Lentamente, mientras yo gritaba dentro de mí. De mi coño.

Y mientras yo gritaba, alguien nos observaba.

Ella.

Lo hacías en una cafetería, Richard, en nuestra cafetería, en un lugar perdido, en una calle del nuevo ensanche, similar a otras calles que traman los nuevos termiteros urbanos.

Lo hacías en una de las muchas cafeterías en la que los universitarios se conectaban a su wifi para descargar sus vídeos preferidos, pornografía pueril, pollas oscuras y equinas para mujeres cuya vagina se expandía como el Big Bang.

En la madrugada, después de leer a Heidegger, estos alumnos se masturbarían como chimpancés entre las sábanas, viendo esas secuencias donde el rostro de Ava Addams es asperjado con semen, un rostro que palpita bajo los focos, mientras su lengua supera el escollo, el primer escollo de la acidez del néctar blanco, para recrearse en el glande, enrojecido, bulboso, para succionar lo que ahora ya no debe saberle amargo.

Estaba húmeda porque Richard no iba a dejarlo.

Hasta aquel momento era yo la que se había penetrado con sus propios dedos. Y había sido más bien decepcionante, una maniobra carente de lirismo y de suspense.

Y, sin embargo, con Richard, el placer era tangible y desmedido, porque el placer desembocaba en un orgasmo y después en otro, y en otro, el flujo de luz, el hielo invisible, el gemido adentro, un aullido que quebraba la rama también invisible de la que colgaban mis órganos.

Estaba recitándome el poema al oído mientras mi cuerpo se contraía como una vulva dentro de su concha. Yo era nácar entre sus dedos. Quería chupar su polla allí mismo, debajo de la mesa, de nuestra mesa. Richard era el puto Keats y la poesía inglesa es insuperable.

No sé cuántas veces lo habré dicho en clase, delante de mis alumnos, que no habrán dudado en eyacular pensando en mi coño, en el nácar dentro de mi coño, en una corrida de semen sobre mi rostro, como si fuese una doble de

Ava Addams.

Todos los que se daban cita en nuestra cafetería fingían que estaban ausentes de nuestro trance, pero Ella no fingía.

La joven nos miraba con veneración.

Ella se excitaba. Ella sabía que Richard era un ejemplar único. Ella estaba rendida en aquella esquina, sin nadie, bajo la lámpara en forma de tentáculo, cerca de una ventana que daba a Oxford Street, un acuario de criaturas abigarradas y fluorescentes que nadaban hacia ningún lugar en concreto.

Contuve el último grito. Las camareras no existían. Ni siquiera ese tipo que masticaba plástico delante de su móvil mientras la nata de su batido se derramaba por el borde como un símbolo de la fugacidad del tiempo.

No existía nadie, solo Ella que nos estudiaba, que se mordía el labio, que salivaba. Dibujé en el aire su coño goteando, entre el humo del café recién tostado. Y entonces tuve otro orgasmo, y el caudal de luz se vertió sobre el suelo como el de Ella, quien apretó las piernas, quien cerró el puño sobre la mesa, como si atrapase un insecto inofensivo para enseñarlo.

Respiré como Richard me ordenó y bebí de mi café a los pocos minutos, como si aquel trance espiritual no hubiese sucedido.

Los ruidos adquirieron su originaria reverberación.

El café sabía amargo. Lo prefería así. Con gusto a madera hinchada, a guisantes, a tabaco viejo y mojado.

Trepaban los dedos de Richard por la mesa. El flujo de luz no cesaba de vaciarse a través de mí. No podía retenerlo. No podía contenerme.

Olía su polla, advertía su palpito, su nácar en el interior a punto de salir.

Alguien nos miraba.

Ella.

Una joven que comenzaba entonces a maquillarse delante de un espejito con la intención de disimular. Apuesto mi mano derecha a que no se iba a marchar de allí; por lo menos, hasta que no se extinguiera la luz que mi coño vertía en el suelo escandalosamente.

Sonó una canción de The National.

Y la luz de afuera nos diluyó con la canción, con la joven que respiraba ansiosa mientras se empolvaba la nariz. La luz nos diluía con otra luz que me atravesaba, más cierta, una jodida luz mística, una jodida luz que me revelaba

quién era y que no dejaba de fluir a través de mí.

No me avergonzaba porque estaba sucia.

Y la poesía era un eco en mí mientras mi coño dilataba, mientras los vidrios de unos vasos emulaban el chasquido de una lengua, mientras algunas mujeres encorsetadas, blindadas con lencería de látex, como si fuesen armadillos, entraban a la cafetería a por su batido de apio y zanahoria.

Después de la canción de The National, sonó entonces una música inconfundible, la melodía insípida que caracteriza a esos espacios que van a permanecer abiertos unos meses, tan solo unos meses.

El mantra volvió a penetrarme con un nuevo verso de Keats: “¡Guárdalo para mí, dulce amor! Aunque la música transpire visiones voluptuosas en el cálido aire”.

Estoy segura de que la joven quería que le prestase mi coño, el placer de mi coño, el flujo en el que anidaba mi luz, nuestra luz, la de Richard y la mía, no la luz que alumbraba aquel espacio desde afuera.

Yo no era tan joven como Ella.

Pero Ella no tenía mis tetas ni mis lecturas, ni mis horas de seminario en los templos del saber: Cambridge, Oxford, Stanford. Ni mis horas en los despachos, arrodillada, mientras en mi cabeza los versos de Sylvia Plath se sucedían, como si, recitando aquellas palabras, pudiese sublimar la doliente penitencia que suponía mamar aquellas pollas intelectuales.

Richard no se había dado cuenta de que probablemente Ella estaba tan húmeda como yo lo estoy ahora, o como esas otras jóvenes que avanzaban por Oxford Street con ganas de ser montadas por tipos como él. Pupilas azules. Un gris hipnótico. Polla de caballo.

Ser sutil no va conmigo.

“Quiero el coño de la joven. Quiero que su coño aspire mi aliento, el rítmico jadeo de un preludio”, me dije mientras el café abrasaba mis alveolos.

Hay música en un orgasmo, siempre la hay, y los recuerdos se desvanecen, pero, en mi caso, algo impide que lo hagan del todo, que no pueda gritar con más fuerza y más adentro. Quiero dejar de ser yo.

El orgasmo es una breve muerte. Richard confiaba en que fuese así.

### CAPÍTULO III

Tenía que morir y de la peor forma.

Ella lo merecía. Se estaba follando a Richard.

Y Richard era mi oscuridad, mi polla, el viento que agita la cebada, la noche que frunce los espejos en las aguas, la serpiente que está a punto de nacer en el nido de las golondrinas, el reflejo azul sobre la piel de una stripper que se desmaya sobre la tarima, vencida por la oxicodona, el paisaje lunar que me aguarda cuando cierro los párpados y levitan mis lágrimas.

## CAPÍTULO IV

Richard tenía que morir como Ella. Y así fue. Una pena de polla, una pena de polla de caballo.

Fue de madrugada, cuando dejan de rugir los taxis y los autobuses, y los payasos se desmaquillan sin despegarse de su botella de vodka.

Un tipo me prestó su arma. Me enseñó a dispararla dos días antes de las ejecuciones. En un solar. Bajo la huidiza madeja de polvo que encanecía cartones y ruinas. Bajo la atenta mirada de unos gatos que sorteaban los cascotes con una habilidad sobrenatural.

Se la chupé al tipo y luego me folló en un callejón.

La complejidad no va conmigo, aunque sea una adicta a las metáforas. Vicios de poetisa a cargo de una frustrada profesora que no sabe cómo enseñar a sus alumnos el verdadero sentido de la literatura. Nada.

El disparo fue limpio.

A la altura del esternón. Cayó de espaldas sobre la alfombra donde tantas veces había eyaculado mientras yo me masturbaba frente a él. En aquellos tiempos de gloria, Richard era mi sacerdote y yo era el oráculo.

No podía salirse con la suya. El final siempre es el mismo. La serpiente acaba devorando los huevos.

El diálogo de una serie televisiva de detectives y superhéroes adornó la escena: “El mundo necesita hombres malos. Somos los que mantenemos a raya a los otros hombres malos”.

Y me quedé un rato allí, dejando que la vida pasase, que las ruedas continuaran girando afuera mientras la lluvia, una lluvia negra, se escurría por las alcantarillas envenenando el mar.

Richard no agonizó como lo hizo Ella. Se esfumó de este mundo como una exhalación, sin convulsiones, sin grandilocuencia, sin patetismo, como un cachorro recién nacido que se arroja al río en una sola acción.

Y me quedé allí un rato, empezando a echar de menos la oscuridad de Richard, sus abundantes eyaculaciones, sus conversaciones sobre literatura americana, su olor a resina, restos de feromonas que quedaban prendidas en mi pelo.

En la televisión, unos anuncios de maquillaje facial me revelaron que yo, como otras mujeres, como la mayoría de las mujeres, seguía nadando en la superficie.

Con el arma entre mis manos, sentada en el sofá, no había tanta diferencia entre una muñeca hinchable y yo, entre un cepillo de dientes eléctrico y yo, entre un aparato de aire acondicionado y yo, entre la multitud que escupe a los espejos y yo, entre ese fabuloso maquillaje que la tele vomitaba sobre mí y sobre el cadáver.

## CAPÍTULO V

La joven vestía con una camiseta ajustada.

Ella vestía con una camiseta ajustada.

John Keats, su música, se extinguía en el vacío. Mi boca se llenaba de saliva. Necesitaba más oxígeno. Mis piernas no dejaban de temblar de éxtasis.

Ella era de esas quinceañeras que se miran en los escaparates cuando salen de casa. Como yo. Como el nácar de mis uñas. Como los labios que enciende un nuevo tono de magenta, labios reflejados en escaparates imaginarios que se multiplican bajo el auspicio de una claridad mortecina a lo largo de las calles.

Espejos que mutilan los cuerpos bendecidos con la ilusión de que ninguna enfermedad degenerativa acabará por asaltarlos.

Labios reflejados en escaparates imaginarios.

Sí, en efecto, los labios de Angelina Jolie en ese anuncio de Cacharel, delante de las escaleras de Saint Paul, donde algunos mutilados beben cerveza todavía en vasos para el café, donde el rompiente de las olas resuena en su sistema límbico hasta lobotomizarlos otra jornada más.

La joven había repetido en nuestra cafetería para observarnos. Se sentó en la misma esquina. Disimuló con una novela de Dos Passos y esa maniobra, entre ridícula y desesperada, aumentó mi excitación.

Richard no retiraba sus dedos de mi interior. Tuve el segundo orgasmo mientras la realidad se apagaba, menos Ella que cerró la novela y dejó que la luz que yo vertía sobre el suelo le salpicara en la cara.

Hace poco que he tenido un orgasmo cuando escribía estas frases, pero la realidad ya no se ha apagado como lo hacía antes, sino que ha fluctuado entre sus imágenes anodinas e insustanciales.

Espasmos de luz y agua de dentro hacia fuera.

Los versos de Keats regresan y sustituyen a los recuerdos. Puedo ver

algunas palabras en el aire: “Amor”, “aire”, “cálido”. Pero ya no es lo mismo sin Richard y sin Ella, pero yo lo he querido así, por el bien de mi oscuridad y del miedo que tantas veces compartí con mi madre.

Hace poco que he tenido un orgasmo cuando escribía estas frases. ¿Qué pensarían mis alumnos?



## CAPÍTULO VI

No es momento de hablar de nosotros, ni de Ella.

Las palabras mueren en las palabras, al igual que se apaga este acerado placer cuando la polla de Richard ya no está dentro de mi boca; cuando carezco de su mar de agujas en mi vientre hasta que golpea de nuevo, hasta que embiste contra el rompiente de cada uno de mis intestinos.

No me apetece hablar de nosotros, Richard, ni de Ella, al menos todavía.

Quiero hablar de otras cosas mucho más trascendentales, como que me he deshecho de todos los espejos de casa, como que quemado todos mis vinilos de Whitney Houston, como que he dejado de comprar pilas para el consolador iraní. Hay tanto significado encerrado en cada una de estas decisiones, ¿verdad?

¿Qué puedo decirte de la eternidad?

La eternidad es el final de un orgasmo, un desenlace, la virtud de manejar a nuestro antojo los restos del día, reconocer la lentitud de los artrópodos antes de dar caza a unas larvas que una mosca abandonó sobre el telar siniestro.

Y Ella jamás bajó los párpados cuando yo experimentaba aquellos orgasmos debajo de la mesa. Sé que se elevaba. Conmigo. Con mi aliento. Sabía que se masturbaría pensando en mí y yo, en Ella, cuando nos quedáramos a solas, en nuestras habitaciones, celdas de penitentes que buscan la felicidad más prosaica, la felicidad ridícula y enternecedora de los anuncios televisivos donde las veinteañeras se bañaban en oro líquido y se cepillaban los dientes con el semen de algún que otro productor.

A cuántas eyaculaciones se habrá sometido cada una de esas modelos, a cuántas felaciones, a cuántas intenciones de arrancarse la piel a tiras, o de aprender a hacer un nudo corredizo a través de un vídeo de Youtube.

No había nada más morboso para Richard y para mí que aquel silencio, que aquel silencio cargado de admiración y de morbidez hacia nosotros en una cafetería de decoración minimalista.

Y, cuando el placer se ahogaba en su propio recuerdo, Richard me enviaba entonces unas líneas por Messenger tan sucias como esta realidad inmediata a la que, por suerte, puedo sobrevivir. Sin él, sin el examen de Ella en la distancia.

Estoy húmeda.

## CAPÍTULO VII

Hubo una vez que Ella se marchó antes de tiempo y dejó libre un espacio que ocupó una pareja de ancianos. Uno de ellos respiraba a través de una mascarilla, el otro lo miraba con la complacencia de un verdugo.

El café supo distinto, en aquella ocasión, después de que Richard se cruzase de brazos al comprobar que Ella ya no ejercería su papel de voyeur, un síntoma de disidencia para hacerme sentir más vulnerable, más necesitada de él.

He aprendido siempre de los mejores.

Y, aunque no tenga nada que ver con el sentido trágico que adoptará esta historia, no puedo evitar callar que su polla era un dios. Una diosa. La polla de Richard debía ser una religión a la que debían alabar todos los húmedos coños que avanzan por Regent's Street, esos coños que entran en Hatchard's, la librería más emblemática de Londres, para comprar un poemario de Alice Oswald o esa nueva novela de Don DeLillo.

Son coños intelectuales.

Los coños más húmedos son coños intelectuales. Que valoran la poesía de Oswald y la de Keats por encima de todas las cosas, por encima de los anales de Ava Addams o de Lisa Ann.

La pornografía no tiene por qué ser más poderosa que la poesía, ni viceversa.

Las palabras cambian el mundo, cambian la orientación de un glande y de una vulva, y de un argumento en una película X, cuyo desenlace debía terminar con la violencia indebida que se había propuesto el director en un primer momento.

Los coños más húmedos son los coños intelectuales.

Como el mío.

Cuando Richard desaparecía en un taxi, el placer iba en aumento. Otro

placer. No físico. Más espiritual. Más allá del orgasmo, de su gris hipnótico, de sus dedos y su puño dentro de mi coño, dentro de mi boca.

Y no solo pensaría en él, sino también en la joven de la camiseta ajustada, en cómo podría follársela bajo la tormenta mientras yo esperaba mi turno.

Todo suena tan sucio, pero es bello al mismo tiempo, como si, en esa entrega a su polla, las palabras fluyeran, sencillamente fluyeran, lo más parecido a la corriente de un meandro que, a escondidas, busca desembocar en mi boca, penetrarla hasta entumecerla.

He aprendido siempre muy rápido. Y de los mejores.

El viejo de la mascarilla trató de decirle algo a su compañero, pero su compañero había acabado de desplomarse sobre la mesa, así que sobraban las palabras, sobraba el café, sobra la camaradería.

El futuro es presente, el futuro se llama ictus.

Y cuánta belleza en los ojos de Richard que miraron al cadáver del anciano con una tristeza contenida.

Como hice yo.

## CAPÍTULO VIII

Lo bello resiste la erosión del tiempo como la mugre, como esa tormenta de polvo que nos adormece en verano cuando el sol parece detenerse en lo alto y las sombras se extinguen en la quieta transparencia de las aguas que, invisibles, se insinúan y me sumergen.

La polla de Richard era dios. Un dios. Una diosa.

Nos conocimos en una fiesta. Hablamos sobre libros antes de que sus dedos jugaran con mi lengua.

A oscuras. En el jardín. Todo era silencio dentro de mí. Todo era silencio.

A oscuras. En el jardín. Olor a madre selva. Y el arrumaco de un arroyo que serpenteaba a nuestra diestra como una metáfora de una eyaculación larga y distendida. Sin recitar a Keats, comprobó la profundidad de mi coño. Enorme. Una sima. Lo sé.

Y yo, sin reparar todavía en sus ojos, quise que no cesara ese silencio. Ni el temblor. Ni el dolor previo a la luz de las agujas, a su afilado tacto, su laceración en mi piel, entre mis pulmones.

Un cingulo que llevaré para siempre alrededor de mi cintura.

Y tú, Richard, no decías nada. Eras lo más parecido a la oscuridad, como si no existieses, como si tu mano oprimiendo mi sexo fuese una mano invisible, un miembro fantasma que imaginase para poder correrme a solas, sin tocarme siquiera.

Y el tiempo no se detuvo. Mi coño no reclamaba la eternidad, sino el desgarró, la presión que culmina en un horizonte lisiado, en otras visiones, reflejos de una claridad inextinguible al fondo, lejos de las columnas y las peonías, el animal que trepaba por mi espalda y devoraba mi lengua pacientemente.

Todo eso eras tú, Richard, mientras el arroyo calaba la hierba joven y las gentes reían por hastío en aquel edificio de cristal, una imitación burda de

algún palacete versallesco.

Podía escuchar incluso los temas de algunas conversaciones, temas banales sobre los que se asienta la amistad verdadera, el reparto de la coca y las orgías entre futbolistas y esas influencers adictas al botox y al Durvitan.

Tú eras eso y el animal que trepaba por mi espalda. Y tu polla. Enorme. A punto de penetrarme. Pero no lo hiciste. Una declaración de principios. Era la mejor manera de no olvidarte y de poseerme.

Ansiar tu polla.

Recordar mi coño en ese sublime estado de vigilia, mientras los arbustos y las hileras de jazmines callaban bajo la letanía de una oscuridad repetida, con el arrullo mimoso del arroyo que escanciaba entre las rocas.

No para mí. Porque la oscuridad no volvió a ser la misma. Ni el aire que inhalé con ansia, con tu mano prendiendo en mí, raíces que tiraban de mí.

Unos invitados, que seguían con sus aburridos rituales de hipócritas reverencias, te llamaron. Eran voces de mujeres. Y yo dejé de mirarte. La oscuridad de la noche entró en ti y se fundió con la tuya.

Tu polla me abandonó.

Y también la feliz idea de seguir presionándome el coño en aquel jardín turbado por mis gemidos de perra en celo.

De ninguna manera, podía volver a la fiesta.

Susurré un verso de Yeats mientras me abrochaba la blusa y mi coño no dejaba de gemir.

Era una mujer completa.

Quería volverte a ver. No a ti, sino a la oscuridad que me consumió mientras tus ojos acechaban los míos.

Era una mujer completa.

Y húmeda.

Quería volverte a ver. No a ti, sino a tu polla. Por entonces, no sabía nada de su tamaño.

## CAPÍTULO IX

¿Sabes una cosa?

Que “coño” y “polla” son sustantivos lo suficientemente sustanciales para escribirlos una y otra vez. Merecen más apariciones en la literatura moderna. Hay demasiada censura; hay demasiado luterano detrás de los agentes literarios de muchos escritores.

Excita la rotunda convicción de “polla” y “coño”. Su contenido es preciso. Su obscenidad me hace una mujer completa.

Coño. Polla. Tu mano derecha masturbándome. Con una fuerza equina. Y tu máscara de lobo callando los sacrificios que me esperaban.

Era una mujer completa.

Era la mujer más húmeda. Morid de envidia. Todos y todas.

## CAPÍTULO X

Ella coleccionaba cromos. Cromos japoneses. Una fauna de insectos y roedores de ojos saltones, con aguijón de avispa, que salpicaba su mesa de escritorio.

Un póster de un cantante barbilampiño coronaba el cabezal de su cama. No esperaba mi visita. Quiso ponerme un té. Y yo le dije que no y algo más que no debo dejar por escrito.

Y Ella se orinó encima cuando escuchó la segunda frase.

Y luego se puso de rodillas. Y yo sonreí. Muñecas de trapo y unos osos de peluche rodeaban aquel improvisado altar en el que iba a ser sacrificada por mí.

El motor de un coche desgarró el aire. El polvo enhebraba la luz o al contrario. No lo recuerdo, pese a que me gusta recrearme en los detalles una y otra vez.

Un atlas de anatomía dominaba una mesa blanca cerca de la puerta de su habitación. Por suerte, su compañera de cuarto había salido a comprar tampones y grapas, según me dijo, mientras jadeaba.

Yo la apuntaba con un arma, yo, que seguía húmeda.



## CAPÍTULO XI

Me obligabas a hacerlo, Richard.

No. No era así exactamente. Era yo quien se obligaba a sí misma a esperar mi turno. Me ponía de rodillas.

Te gustaba así.

Mientras los espejos callaban.

Mientras los espacios callaban.

Mientras los pájaros callaban.

Nadie podía vernos en este momento.

Te habría gustado que Ella nos observara. Que escrutara mi forma de chupártela mientras los espejos callaban y la lluvia no cesaba de caer en los parques que alguien reduciría a cenizas en el futuro, alguien con la voluntad de amar con la misma vehemencia que destruir.

Mi presente era un futuro atada a ti.

“No te necesito”, me mentía a mí misma después de que eyaculases por segunda vez. Te gustaba tanto la simplicidad de esa frase que me suplicabas que volviese a succionar tu polla. No me dejabas que te besara en los labios. Lo considerabas una provocación innecesaria, un acto ancestral y próximo a la civilización.

Preferías que yo fuese algo insignificante, lo más alejado a otros hombres, un divertimento, otro más.

Otra más.

Volviste a llamarme dos días después de nuestro encuentro en aquella fiesta.

Preguntabas por un libro. Aún recuerdo el título, una antología de Auden, tu poeta favorito.

Mi coño era el que hablaba por mí. Lo intuías por mi voz, sin aparente emoción, constreñida por la fuerza de tu mano derecha, invisible y tentacular,

debajo de la blusa.

Mi corazón ardía como en el poema místico.

Tu polla en mi boca, también se sumaba a ese verso.

Cómo deseaba que me oprimieras. Que tus dedos volviesen a deslizarse, sibilinos, por entre mis piernas, apropiándose de mi protección, de mi lenguaje, de los argumentos, de la lógica envenenada de lo previsible. Que penetrasen hasta el fondo, que se dejaran humedecer, que no vacilasen ni un segundo en buscar la luz que se haría añicos una vez que mi coño se pusiese a temblar.

Quería que el silencio regresase, reconciliándome con la adolescente que tantas veces se masturbó dentro de la bañera, imaginando que algunos compañeros también lo hacían, imaginando que podían follarme en los vestuarios del gimnasio, como una “puta”.

Les encantaba pronunciar la palabra “puta”. A todas horas. Una palabra como esa siempre ayuda a correrse. Es contundente. Denota servidumbre. Bisílaba como “coño” y “polla”.

Como “Richard”. Como “Rimbaud”. Como “Matisse”.

Te encantaba eso.

Que me arrodillase. Que estuviese incómoda. Que cruzase el umbral donde la vergüenza y lo pornográfico ya no pueden escindirse.

¿Y era triste?

Era una forma de conocernos, de saber que, por ahora, no estaríamos solos, porque la soledad enferma el corazón y los pulmones, porque la soledad convierte la masturbación en un oficio y no en un tributo a la creatividad del pensamiento.

La soledad es para los youtubers que hacen experimentos con heces y comida delante de sus cámaras. Para todos los youtubers. La soledad bien administrada puede ser muy creativa.

No sé si era triste verdaderamente. Sé que era hermoso al igual que el silencio de los espejos y los parques. El silencio siempre lo es. El silencio de Ella, cuando nos observaba con su novela entreabierta, con su café coronado de espuma blanca, involucrada en nuestros pasatiempos, ávida de tu polla, de tus dedos, de la vehemencia que denotaban bajo mi falda.

El silencio de Ella me recordaba a una campana de cristal, al espacio

breve que queda entre mis dedos y las agujas.

El silencio, Richard. El silencio.

Mi coño sintiendo la presión de tu mano. La palidez de tus ojos. El silencio, Richard, envolviendo lo que quedaba del bosque.

Yo huía de un bosque en mi infancia. Yo, solo yo. Siempre yo. Frondoso. Gélido. Sin caminos. Lo cruzaba un arroyo. Olía a metal allí. Pero alguien o algo me amenazaban.

Un bosque siempre necesita el silencio y una amenaza.

Ahí es donde comenzaba mi iniciación, Richard.

En la palidez.

Y yo te chupaba la polla con devoción para no adentrarme en el bosque. Era una polla enorme. No me cansaré de escribirlo. No podía con ella. Y esa incapacidad nos excitaba. Mi incapacidad. Tu poder.

Tu polla de caballo.

El río se extinguía más allá de los arbustos rojizos.

Era una mujer completa. Y Ella también lo sería si se metía los dedos en su coño imaginando el gris de sus ojos, el fulgor de su polla inédita.

Cuánto cromatismo en tan pocas líneas.

“La diferencia con respecto a practicar sexo es que el porno produce una especie de inundación de dopamina. La descarga excesiva de esta hormona puede producir desórdenes cardiovasculares, renales, estomacales o endocrinos, entre otros. Pero además, al producirse esta descarga, el organismo necesita volver a producirlas nuevamente, por lo que promueven la repetición de esta conducta y puede derivar en un círculo vicioso que lleve al individuo a perder la capacidad de gobernar su propio cuerpo”.

*Sarah Romero*

## SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO I

Querías que mi saliva fluyera hacia tu glande con el prístino y cálido roce de mis labios, de los que huías, cuando nos mirábamos a la cara dentro del coche.

Nada parecía más tentador como el hecho de permanecer allí, en el espacio de la huida, concentrados en la sinuosa mueca de nuestros rostros perfectos.

Echo de menos el bosque, Richard; el paisaje ensoñado de aquel jardín en el que nos encontramos para que tu puño presionase mi coño.

Echo de menos tantas cosas.

Pero no sé si es mejor tu polla o la amenaza. O el silencio. O adentrarme en el bosque para conversar con el miedo de mi madre, con el suicidio de mi único hermano. No sé si la soledad de los youtubers es la mejor de las opciones, youtubers que se cortan las venas cuando un chiste xenófobo acaba por desahuciarlos de su tribu, perdiendo contratos millonarios de marcas de profilácticos y bebidas con taurina.

El hecho de imaginar tu polla me permite aún mirar con viveza al exterior, con una dignidad propia solo de unos elegidos. Mi vida. Mi vida de profesora consumida por una dieta hiperproteica.

Tranquilo, sigo teniendo una 95.

No he adelgazado tanto.

Hoy volveré a la biblioteca. Han rescatado una primera edición de unos poemas de Auden.

Supongo que no serán gran cosa. Son poemas de adolescencia. Y en la adolescencia, además de masturbarte compulsivamente, poco más se pervierte para que merezca la pena ser escrito.

Añoro el miedo de mi madre, su voz agónica, los espejos en los que ya no se miraba, su fe en Dios y en los bondadosos monstruos, los monstruos de los

cuentos de Maurice Sendak que tantas veces me arroparon.

## CAPÍTULO II

Creo que aprenderé a soportar la soledad.

Y, si no lo consigo, siempre quedan las agujas, la sobredosis de tranquilizantes, el humo en el garaje, mi coño sobre una estaca mientras Silvia Plath reza en mi oído que, en cualquier tienda de electrodomésticos, hay hornos en oferta.

Hornos para meter la cabeza y aprender a olvidar. Aprender a no regresar, Richard. ¿Lo entiendes de una puta vez?

Soy adicta a las metáforas y la complejidad me va gustando cada vez más.

Soy caótica. Soy la vecina del quinto que ahoga gatos en la bañera y se araña la cara delante del espejo.

Soy el miedo de mi madre abandonando el bosque en el que mi padre recogía setas.



### CAPÍTULO III

Me dijo que solo quería probar la polla de Richard, humedecer sus labios, hacerse un selfie con ella. Que era solo un juego estúpido para destacar entre sus amigas. Puta mentirosa.

Se inclinó ante mí y yo le rebatí.

La luz crepitaba afuera. El motor de un coche se extinguió. La noche estaba lejos. La ciudad era un tiempo y no un espacio.

Ella me ordenó que la librase del mal, me ordenó que la dejase marchar, que la dejase olvidar a Richard.

La mirada del cantante barbilampiño que ocupaba el póster era la mirada de un adolescente que no ha perdido nada en la vida, que no sabe lo que es compartir un semental con alguien que observa desde la esquina de una cafetería, con alguien que es más joven y atlética, con alguien que puede vivir más años que tú al lado de la polla que por entonces ardía dentro de mí.

Gimió y su boca se dobló. No era ya el rostro bonito que recordaba, los sedosos labios que Ella fruncía, excitada, cuando yo gritaba en mi interior y el mundo se apagaba en la cafetería, porque Richard me estaba penetrando con su puño.

Nada quedaba de aquella joven, así que Ella solo podía hacer una cosa; dejarse llevar por el mismo miedo que yo compartí con mi madre, el miedo que graznaba en el interior de algo mucho más temido y profundo que una mera sucesión de latidos. Como el miedo que empujó a mi hermano, a mi único hermano, a su suicidio.

¿Quién ha dicho que no se debe exhibir la intimidad?

## CAPÍTULO IV

Me desnudaba.

Yo quería mirarlo a los ojos.

La seda naranja fluía entre mis piernas.

Estaba prohibido.

Temblaba yo. Richard, nunca.

Unas palabras obscenas. Unas frases obscenas. La oscuridad era otro cuerpo. “Déjame comerte las tetas”, susurraba.

Todo era poesía, la poesía de Auden, incompleta e inconexa.

Sus dedos se deslizaban y mis muslos parecían inundarse de sangre caliente.

Y estaba viva. Y completa. Y, por entonces, no sabía que Ella también se lo estaba follando y que le chupaba la polla como yo, tan bien como yo, desde la medida, desde el exceso en ocasiones para acelerar su ritmo cardiaco, para forzar un jadeo que rayaba lo irascible, pues revelaba su sumisión a mí, su dependencia hacia mí, su indefensión como cualquier otro hombre que está a punto de eyacular.

Y él no esperaba otra cosa que mi rendición. Y yo me dejaba comer las tetas por Richard. Era todo tan sucio nuevamente. Solo las metáforas me permiten adiestrar al monstruo o a los monstruos que regresaban a mí una y otra vez, mientras su boca sorbía mis pezones pacientemente. No eran los monstruos bondadosos de Maurice Sendak.

Solamente cuando se la mamaba, esos monstruos se internaban en el bosque para dormir en silencio, quietos, serenos, dóciles, como las piedras.

Para recoger setas de la mano de mi padre.

## CAPÍTULO V

Y yo creía que era un mero tránsito, que podría escapar al fin de esos pensamientos, de la nitidez con la que llegué a ver las cosas.

Que no sería capaz de matarlo como hice más adelante.

Sí, era mi rendición lo que le permitía eyacular.

El placer más sucio, el placer con el que el orgasmo de algunos tipos es más que generoso, consiste en aceptar que yo estaba rendida.

¿Verdad, Richard? Atar un cabo y después otro. Dejar que tu polla creciese en mi boca. Creer que yo tenía el dominio, pero no era cierto.

Era tú quien ataba los cabos y me dejaba entre las ruinas blancas, intentando amortiguar el vigor de una mirada que no podía dejarse describir; agujas, atar los cabos, tu mano presionando mi coño, la oscuridad palpitante en el jardín aquella noche de fiesta donde nos conocimos.

Palpitante. Como tu mano. Palpitante como tu polla, mientras el jadeo, el tuyo, se nutría también de agujas y cruzaba la luz que se abría paso dentro de mí.

Las estrellas también palpitaban. Las nebulosas terminarían por desaparecer. Lo estarían haciendo en ese momento, absorbidas por la gravedad de algún agujero negro.

Estrellas absorbidas por la negritud de unas masas que rompían todos los esquemas. Y yo. ¿Y yo? Chupándote la polla. De rodillas. Siempre de rodillas.

Era el preámbulo de la rendición.

Chuparla como Ava Addams, como Puma Swede, jugando con mi saliva alrededor de tu glande, sorbiéndola con placer, gimiendo como una cierva herida, como si mi saliva fuese el néctar. Ausentes. Lejos del mundanal ruido, repitiendo el mismo ejercicio con mi cerviz, con mi lengua, con la presión en mi garganta, con esa agónica adicción que me forzaba a superarme a mí misma con cada mamada, con los versos de John Keats en mi cabeza, lejos ya del

cadáver de mi hermano sobre la sábana blanca una vez que la policía lo descolgó.

La vida es esto; cada aguja que cuento sobre la mesa mientras la taza de té humea delante de mis ojos y espero a que deje de llover afuera, sobre Gordon Square, sobre la mansa hierba sobre la que hace siglos no orina ni un solo perro. Las leyes a ese respecto son muy severas en Londres.

Estábamos ausentes del mundo.

Chuparte la polla, esa polla, como yo lo hacía, era convertirte en un místico. Me acariciabas el cabello, mientras empujabas hasta mi garganta como habías visto en tantas películas, como habías hecho antes con otras de tus novias, tetonas como yo, felices de saber que la oscuridad las había penetrado para amansar la luz mortífera que las avejentaba, el flujo de luz que las hería profundamente, la luz que les recordaba las miserias de sus vidas, las mismas miserias de eternas adolescentes: el vómito antes y después de cada comida, zapatos caros, olor a sudor y ceniza en el interior de los autobuses, pinturas rupestres tatuadas sobre la espalda de un motero al que follarse después de varias cervezas frente al mar.

## CAPÍTULO VI

Todas las pollas saben igual. La tuya, no, la tuya, nunca, la tuya jamás.

Los vecinos borrachos comenzaban a armar bulla al otro lado de la pared cuando me escuchaban gemir a solas. No era yo quien los excitaba, sino el silencio, el silencio absoluto entre gemido y gemido, el instante de atrapar el aire, el silencio que permite la percepción entre las notas más agudas.

El instante en que el aire fluye hacia mi garganta, la garganta que tu polla laceraba para que te sintieras orgulloso de ti mismo, para estar a la altura de Peter North o Nacho Vidal, para demostrar al mundo que alguna vez tuviste la oportunidad de ser algo más sustancial y estimulante que un simple crítico de poetas borrachos y sidosos, un crítico, venido arriba, un arqueólogo de escritoras muertas, mal folladas, frías, que gustaban de pasear por la orilla del mar y recoger piedras para romper los espejos de casa.

Sin embargo, nada de lo que sucedía a tu alrededor era decepcionante. Nada era asquerosamente decepcionante.

Lo dominabas todo, tu polla, mi coño húmedo, las estrellas que devoraban la sólida oscuridad a años luz de nosotros, la lluvia de neutrinos sobre tu jadeo moribundo, el hielo sobre mi espalda, las agujas en mi estómago, las mamadas dentro del coche.

¡¡Dios!! Había tanta poesía de Blake y de Keats cuando eyaculabas dentro de mi boca que mi orgasmo era simultáneo, un squirt que regaba la tapicería marrón, que competía en fuerza con ese flujo de luz que atravesaba el vacío cada vez que tomaba aire, con una ansiedad irreverente, propia de primates, insultante y bella; bella, porque era original, instintiva, primaria y virgen.

¿Y yo? Era una profesora, una simple profesora, a la que le regalabas lencería barata para tenerme contenta.

Pero a mí no me importaba.

Bastantes desgracias leía en el periódico todos los días para hacerle ascos

a alguien como tú.

Eras odioso y fustigante. Pero eran esas las virtudes que yo necesitaba en un hombre para crecer en mitad de la tormenta.

No necesitaba sentirme querida. No.

Como otras mujeres, había llegado un momento en el que necesitaba sentirme importante. Útil, dejándome follar.

Aunque algo así significase la ruindad, la humillante complacencia de buscar en ti la desprotección. Pero todo eso era preferible con tal de sentir cómo tu mano derecha, invisible, oprimía mi coño cuando caminaba por el salón, después de que eyaculases dentro de mi boca.

Sí, puedes contarle por ahí. A tus amigos, a tus amigos adictos a los vídeos de Jenna Jameson, a tus amigos ciclanes que salivan cuando la porno star también lo hace delante del glande de ese actor, cuyo esperma es oro fundido.

Puedes contarle por ahí, Richard. A tus amigos que buscan atropellar lobos en autopistas desiertas, porque es una manera de sobrevivir en un mundo que los considera unos desvalidos emocionales, unos fanáticos de la indigencia y el desamparo. Amigos a los que jamás se la chuparán como yo te la chupé a ti, durante la noche, bajo la morbosa marginalidad de los aparcamientos, antes de invitarme a una hamburguesa.

De rodillas, yo, siempre de rodillas mientras tus gemidos resonaban en el espacio oscuro y lóbrego de mi vulva que mojaba el asfalto, gota a gota, formando un charco de vicio en el que reflejarse por la mañana.

Mi coño te daba valor.

Todo el valor que necesitabas para destacar sobre el resto, el valor que agradecen los espejos de los probadores. Te inspiraba, Richard. Mi coño. Mi boca. Mis tetas. El miedo de mi madre hacia mi padre. ¿Y yo? Yo, no. Mis trabajos sobre literatura canadiense te importaban una mierda. La sensibilidad poética no contribuye a que la felación alcance cotas más altas.

¿Para qué vamos a engañarnos?

Y yo necesitaba hacerlo, desaparecer del mundo, olvidar a mi hermano, sí, a mi hermano. Y solo podía hacerlo cuando te la chupaba con devoción mariana, mientras llovía afuera o el sol abrasaba el pavimento que tantos suicidas abrazaban inmunes a los efectos del Prozac.

No sabías nada de mi infancia.

La biografía nace y muere en la infancia.

No sabías nada de mis recuerdos, estimulantes, sustanciados en la plenitud del horror que no puede disimular ni un solo Gucci, traumáticos como esas imágenes que vemos en televisión poco antes del almuerzo: lobos atropellados, arrasados, con su piel quemada sobre el asfalto a causa del desquiciamiento de amigos como los tuyos; algunos, directivos de banca o expertos en literatura victoriana.

Así es la vida.

Puedes contarlo por ahí, Richard. ¡Ah, no! Estás muerto. No sabes cuánto lo sienten mi coño y yo.

## CAPÍTULO VII

Su figura se desvanecía. No era nada. Neutrinos. Era mi hermano, lo sé. Pero ya no era nada.

Era la distancia entre tu polla y las nebulosas que ardían antes de ser absorbidas. La distancia vacía. Éramos el vacío y mi yo. Y ya no tenía por qué recordar la sogá, ni el cuerpo escuálido balanceándose como un péndulo sobre la pardusca hierba, sobre el cerco marrón donde hacía años pendía un columpio, un regalo de papá antes de confesarle a mamá que se estaba follando a su secretaria.

Y yo prefería que todo transcurriera así, bajo esa excitante proeza en la que mis pómulos se encogían firmes, vehementes, voluntariosos, intrépidos, ante la magnitud hiperbólica que cobraba vida sobre mi lengua.

Tu polla, la polla equina, la polla inédita con la que Ella se hizo varios selfies y algunas stories para Instagram. Menuda gilipollas. La juventud no sabe cómo perder el tiempo, cómo cargar de culpabilidad un breve pasado de dibujos japoneses y cantantes de música pop con apariencia de castrati.

Porque yo quería que fuese así, mientras tu polla se humedecía, después de la primera eyaculación sobre mi óvalo o dentro de mí, después de que tu mano ejerciese la presión que mi coño necesitaba, sin otro fin que experimentar el dolor de las agujas, el atrayente dolor de las agujas, su reflejo aguado bajo el auspicio de la luz a media tarde.

Me gusta ser repetitiva. La repetición crea la historia y la historia crea la infancia, y la infancia crea la biografía, y una biografía como la mía aspira a imitar el miedo de mi madre, su desaparición de los espejos.

Ninguna mujer ha tenido la suerte de tener un puño como el tuyo entre sus piernas, presionándola, dotándola de la impotencia necesaria para dejarse luego masturbar, para ser obediente a lo que todavía me es imposible expresar con las palabras.



¿Por qué te parecías tanto a mi padre, puto farsante?

## CAPÍTULO VIII

Sí, eso es. Mi coño inefable. Tu polla. Lo inexpresable, lo que rompe todo los esquemas. Agujeros negros en mitad de la ciudad, conviviendo con la ausencia de libido de tantos londinenses, con sus diagnósticos de ansiedad expectante y crónica, con su reciente afición a la ingesta de zumos naturales y papillas de color verde, ricas en nutrientes y plancton.

Como tu semen.

(Es obsceno, lo sé. Todo es obsceno en este relato. Alguna goodreader estará a punto de arrancarse los ojos. Que se joda).

Y me daba una pena enorme encontrar a esas jóvenes abogadas de la City, perfectamente follables, que, mientras limpiaban sus móviles de memes absurdos, tomaban sus licuados de zanahoria sobre taburetes de alambre y marfil. Podía imaginar sus braguitas de nácar y almíbar sobre la lisa superficie de los asientos a la espera de que algún monstruo bondadoso las masticase para luego lamerles sus depilados traseros.

Más vale ponerse de rodillas.

Más vale mirar al reflejo de tu rostro en la ventana de algún vagón y escupir cuando no te vea nadie.

No. Es mejor que te vean.

## CAPÍTULO IX

No me gustaba porque no estaba acostumbrada a esa clase de regalos.

No quería ser una puta cara.

Gucci. Victoria's secret. Otra vez, Gucci.

Insistías en que me lo pusiera antes de ponerme de rodillas, antes de que tu mirada se disipara al echar la cabeza hacia atrás una vez que te sentaba en el sofá y yo me ponía de rodillas.

Con argumentaciones de todo tipo, exponías que el ritual era tan importante como la ejecución y aquella inteligencia verbal era excitante para mí. Usabas frases cortas, bisílabos y verbos transitivos. Te gustaba presumir de tu rico vocabulario, alimentado tras abundantes lecturas de poesía inglesa.

Yo tampoco me quedaba a la zaga. Leer poesía me había hecho mucho más terrenal. Como a ti.

Por esa razón, no habrá capítulo en estas memorias sobre nosotros en el que no se repita más de una vez; o “polla”, o “coño”.

Y Ella tenía que ser también una hembra avezada en la felación para que la dejaras comulgar de ti, de esa oscuridad que latía más allá de las eyaculaciones nocturnas que incendiaban el vacío, mi vacío.

## CAPÍTULO X

No sé qué esperaba, que la perdonase, que la dejase comerle la polla todas las veces que quisiera.

No podía hacerlo. Yo no era una puta cara que trabajaba por contrato. Yo debía ser más que eso para Richard. Su oscuridad me pertenecía como la oscuridad de mi madre quien susurraba delante de los espejos: “No es cierta esta vida. Prefiero que me amputen las tetas”.

Lo escuchaba.

Lo soñaba. Su pornografía, su desnudez, su rostro plegado sobre las sábanas como una máscara cargada de resentimiento e impotencia.

Mi madre ha sido todo eso.

Y Ella, con su camiseta ajustada y sus braguitas de Hello Kitty, confiaba en mi perdón. Pero el perdón es una palabra sin semántica cuando dos mujeres luchan por una misma polla.

Yo era el centro del bosque que Ella ocupaba ahora en la soledad de su cuarto, rodeada tristemente por un mobiliario barato, bajo la lámpara tiffany de unas rebajas, bajo la atenta mirada del cantante quinceañero que acabaría por inhalar lejía con tal de no soportarse a sí mismo cuando, como mi madre, se mirase al espejo y comprobara que su futuro solo podía albergar el áspero roce de la insinceridad de quienes lo rodeaban y querían su dinero.

Y Ella se puso a gimotear y yo acerqué el arma hasta su frente, y Ella apretó los puños, y las heces calaron su short, y el hedor contribuyó a que el patetismo de la escena ganase más puntos.

Y yo sonreí como quien sonríe delante de un café cuando se acuerda de que esa mañana quemó las tostadas o se olvidó de cambiar el agua de la pecera.

Estaba radiante.

Ella estaba radiante por primera vez. Tenía unos pómulos perfectos y sus

labios entreabiertos temblaban en la palidez de una claridad incompleta, mientras su aura de santidad y su victimismo se desvanecían.

Sonó el motor de un coche nuevamente y le disparé en la garganta. Muerte lenta. Muerte larga. Muerte de gacela devorada por hienas. La muerte que merecía.

Y yo dejé que su cuerpo se encogiese y se bañase en su propia sangre. El motor se apagó afuera y en mi cabeza. Y mi sonrisa dejó de ser un rasgo de perfecta ingenuidad para tornarse en la mayor de las desgracias. Me había manchado mis nuevas Rebook con las heces de Ella. Aún no sé cómo cojones pudo suceder.

Y entonces la vi, vi que la oscuridad de Richard se evaporaba según su sangre manaba de aquel agujero perfecto. Y también lo vi. Que los ojos del cantante adolescente se cerraban ensombreciendo su rostro de eunuco.

Había muerto una fan.

Y qué mal le quedaban los shorts.

Y Ella merecía desaparecer como han desaparecido los monstruos que me arropaban.

## CAPÍTULO XI

Éramos amantes de los bisílabos. Se ama lo que es intangible, lo que no llega a completarse con el tacto. Se puede amar un bisílabo, porque los bisílabos están llenos de vida y de resonancias inexpresables, pero tentadoras.

Lo tentador es inexpresable. Como nosotros. Como mi coño y tu polla. El bisílabo se convertía en cosa cuando mis muslos atrapaban tu puño presionándome de nuevo como aquella primera vez.

Me gustaba aquella indefensión que experimentaba cuando, sin avisar, me colocabas frente a ti, una vez que me habías empujado contra la pared y te habías asegurado de que mis piernas arqueadas se endurecían, intentando contrarrestar la fuerza bruta de tu mano.

Eras tan poderoso con aquella obsesión. Eras tan poderoso con tus manos. La erección de tu polla era insultante a los pocos segundos.

Al otro lado de la pared, los vecinos borrachos arañaban las paredes, se lanzaban ceniceros y vasijas, gritaban desconsolados.

Era el rompiente de nuestra morbosa complacencia. Me arrodillaba y aquella banda sonora lograba que mi coño palpitase antes de que mi lengua resbalase sobre tu glande.

¿Quién ha dicho que alguien como yo no ama la poesía?

¿Quién ha dicho que yo no amaba a mi madre y a su miedo?

## CAPÍTULO XII

Nadie me vio salir.

Nadie me vio coger el metro.

Nadie se rozó conmigo.

Flores morían en los áticos. Perros morían en los estercoleros. Una bala entre sus ojos nutridos por una piedad virgen.

Una canción de Jorja Smith moría en los labios de alguna puta al otro lado de los puentes.

Mi coño estaba frío.

Guardé el arma en el bolso.

Todas las miradas eran grises.

Todos los cuerpos eran redondos y compactos dentro de aquel vagón.

Bajé en Euston Road. Miré a la izquierda. Un anuncio. El artista adolescente, que no tardaría en inhalar lejía, visitaba la ciudad.

Un concierto. Un sábado. Una fan menos.

Lo subsanaría. Bastaba con hacerse con un CD en cualquier tienda de discos y marionetas.

El miedo de mi madre me empujaba hacia Bloomsbury. El rostro de mi padre se proyectaba sobre el asfalto, su nobleza de indigente. La genética de un torturador pertenece a cualquier espacio.

## CAPÍTULO XIII

El tipo que me enseñó a disparar el arma amaba los gatos.

El tipo que me enseñó a disparar no tenía la polla de Richard.

Pero el morbo es una disciplina que no se enseña y aquel tipo, que se había acostumbrado a robar a jubilados, no tenía corazón y alguien que no tiene corazón me excita con facilidad.

Me llamó por teléfono para preguntar por los cadáveres y yo le respondí con monosílabos y con frases de sencilla sintaxis: “Ha salido todo bien”, “Se lo merecían”, “La lycra es una fuente de inspiración para las futuras generaciones” y etcétera.

Miré al pasillo.

Imaginé a Richard con su polla enhiesta. Descalzo. Avanzando. Y luego imaginé cientos de cuerpos semienterrados en una fosa, el tributo cruel y amargo que el nazismo otorgó al mundo contemporáneo, su manera de fabricar cadáveres, su tesón enfermizo por convertir la autodestrucción en una forma de ser compasivo, su estética inspiradora y enternecedora para cualquier descuartizador que se inicie en el arte de la mutilación.



## CAPÍTULO XIV

Yo rezaba todas las noches cuando mi madre se acostaba junto a mí. La oscuridad me aterró durante unos años.

Y mi madre era quien me protegía. No, mi madre, no. Su oscuridad, su arritmia, sus bisílabos también.

Mi padre desaparece de mi infancia cada vez que intento involucrarlo en ese sentimentalismo envenenado, cada vez más frecuente según pasan los años y se acelera la degradación celular de mi organismo y el de todos esos organismos enfundados en sus vestidos de Armani, empalados con tampones (fragancia a arándanos), apuntalados con lencería neumática; lencería que puede tardar en arder una eternidad en cualquier crematorio para perros sin dueño y nonagenarios de residencias ilegales.

Un mecanismo de defensa.

La infancia es un mecanismo de defensa contra la oscuridad lapidaria de la muerte. Era una niña existencialista, una jodida niña existencialista, una jodida replicante que sabía que no viviría más de cuatro años, como los androides de la película.

Moriría prematuramente, pensaba. Y mi madre, sin heridas visibles todavía sobre su piel, se arrebujaba a mi lado.

Mi miedo la hacía una mujer útil.

Mi miedo se comunicaba con el suyo, conversaba con él bajo la tenue claridad de las farolas de una calle en la que orinaban las prostitutas cuando el frío encogía sus esfínteres.

O los dilataba, según el día, según la etnia, según la edad, según el tamaño de la polla del último cliente.

Nuestros miedos conversaban sobre la posibilidad de vivir en ese medio tan hostil, en ese piso de cuarenta metros con un depredador adicto a la oxycodona y al pegamento infantil.

¿De qué conversarían nuestros miedos?

Ahora me importa poco, bien poco.

No debía ser lo suficientemente importante, Richard, si, al chuparte la polla, cada una de aquellas palabras se borraba de mi mente, si la técnica de mis felaciones era la mejor manera de lograr que tu semen fluyera siempre como la primera eyaculación de un pubescente.

Soy una yogui de chupar pollas. Yogui fellatio.

“¿Quién ha dicho que la pornografía no es una forma de conocimiento?”, era una de tus frases favoritas cuando terminabas en mi boca.

Por esa razón, te la chupaba, Richard, y dejaba que, además, practicaras sexo anal conmigo. Como le sucedía a mi madre, mi miedo te hacía un hombre útil, más allá de tu habilidad como crítico literario, como experto en la lírica de Keats o Heaney.

No me atraía tu inteligencia en realidad. Quiero dejarlo claro. Me atraía tu marginal apetencia hacia mí, tu interés en ensuciarme con tus burdas maniobras de alguien que encuentra en una mujer como yo una manera de experimentar y de aspirar a lo más denigrante.

Querías lo peor de mí, y yo, sin embargo, quería la oscuridad que proyectabas sobre mi cuerpo, sobre mis ojos, un bálsamo para aplacar la otra oscuridad que emanaba de tu interior.

Probablemente, Ella quería lo mismo. Menuda imbécil.

## CAPÍTULO XV

Junto a la luz, convivía el miedo que mi madre buscaba en mí para no sentirse sola, aburrida y sola, mientras mi hermano yacía bajo tierra, con su cuerpo encogido, un púber diezmado por la certeza de la descomposición, por la decepcionante verdad de que la resurrección es que las células se digieren a sí mismas.

El éxito ya lo habías alcanzado, Richard.

Eras un profesor respetable, un admirado y elocuente crítico, un notable poeta al que no le importaba que lo comparasen con Derek Walcott, aunque sé que, demasiadas veces, algo así te ponía de mal humor.

El éxito ya lo habías alcanzado, pero no sabías lo que era residir en la podredumbre, visitar miércoles y jueves a una colega como yo para follártela sin ninguna clase de tendencia al afecto.

Yo no era una buena profesora y mis estudios sobre la literatura canadiense eran inferiores en calidad a los tuyos sobre poetas ingleses. Callabas tu supremacía, tu poderosa convicción de que nadie podría jamás restarle importancia a tus méritos académicos por mucho que lo intentase, por muy revolucionarias que fuesen sus teorías sobre el uso del adjetivo en Yeats.

Y yo quería eso de ti. El no afecto. Lo inexpresable, la redundante acción de meterme la polla en la boca y en mi culo hasta que el silencio nos aplacase como a dos ciervos a los que acaban de disparar desde un coche. Aplacar mi oscuridad con la tuya. Rociarme de esperma blanco.

Seda entre mis piernas.

Vapor dentro de mi boca a punto de ser exhalado.

Quería sentirme sucia.

Y tú. ¿Y tú? El silencio que me conmovía, las escasas palabras para pedirme que me pusiera contra el respaldo del sillón, a la altura de tus caderas, una vez que tu glande había dilatado lo suficiente con mi mamada,

cargada de visiones que cruzaban la atmósfera, nutridas del olvido necesario para hacerme sobradamente feliz.

Porque el cadáver de mi hermano y el de mamá no estaban ahí, delante de mis ojos, en el reflejo límpido de los espejos o de las aguas estancadas cerca del parque, al asilo de una luz polvorienta que degradaba la ciudad y la dotaba de un gótico irresistible para los turistas.

Nebulosas, agujeros negros, neutrinos, la fuerza gravitatoria de unas masas oscuras y embravecidas.

Todo eso imaginaba cuando te la chupaba, cuando me la metías por el culo. Todo eso era el olvido y tu oscuridad.

Y entonces aparecía la literatura. Nuestras conversaciones sobre el grupo de Bloomsbury o sobre Keats me parecían una nimia contención de lo que puede provocar en nosotros dejarse hacer, desear la violencia de un coño sostenido en el aire por una polla y un escroto de caballo. Sí, eso, algo así; desear la violencia, ansiar la escasez de oxígeno cuando comprobaba que estaba a punto de desfallecer si no eyaculabas dentro de mi boca.

Agujetas maxilofaciales durante semanas.

He abusado del lirismo para explicar lo hijo de puta que fuiste conmigo. Pero era eso lo que atrajo a mi madre de mi padre. No fue el azar. No fue el hecho de vivir en el mismo barrio y de rondar por los mismos bares con mesas de billar, donde archipiélagos de semen sobre el terciopelo habían dejado su geográfica impronta.

## CAPÍTULO XVI

Hay que tener un buen fondo físico para follar. Follar. Rezar. Chupar. Miedo. Madre.

Los bisílabos gobiernan mi vida. Richard. Richard. Richard.

Escupiré contra mi reflejo entre Charing Cross y Euston Road.

Tengo que agradecer tantas cosas.

No sé cuándo me pondré a escribir sobre Ella. Otro bisílabo. Pero Ella no era inexpresable. Era real. Como las agujas en mi estómago o delante de mis ojos.

La luz me roza los párpados. La luz me acaricia. La luz me envuelve. La luz es escasa en Londres. También, son escasas pollas como la tuya.

No temas. Ya no puede hacerte daño. Ella ya no puede hacerte daño. Ni a mí tampoco. Pero la distancia que nos separa, Richard, es la suficiente para que todavía el recuerdo de tu erección inspire la grandilocuencia de este lenguaje enfermo.

¿Puede enfermar un lenguaje? No lo sé.

El mío lo intenta, como intenta no olvidar lo que tu polla me hizo. No tú. Ni tus ojos de pupila gris. Ni tus aportaciones críticas a Las olas, de Virginia Woolf.

Por cierto, en esta ocasión, debo reconocer que esas aportaciones en concreto fueron bastante previsibles. Rozaban el plagio de algunos artículos de tus alumnas a las que te habías follado antes de conocerme, en tu despacho, sobre la mesa, frente a la copia de aquel retablo de la Virgen de los Amparos, frente a aquel busto de Lenin, frente a aquella pared a la que me empujarías meses después, como si quisieras que me quebrara, mientras tu polla penetraba mi boca, feroz, y mi cabeza percutía contra el tabique.

Hijo de puta. Cómo me gustaba. Cómo me gustaba ser tu nueva adquisición.

## CAPÍTULO XVII

Adiestrarme. Obligarme a que mi lenguaje use metáforas. Obligarme a que mi lenguaje esté enfermo de poesía, de mala poesía. Joder, no puedo perdonarte algo así.

Regalarme Gucci. Color negro. Siempre color negro. Era devastador. Y lo devastador nos excitaba porque era sucio. Y lo sucio es tan puro como un estercolero, como el vómito, como la muerte de Sylvia Plath.

Mi coño era puro, ¿verdad? Más puro que el de Ella. No sé cómo pudiste renegar de mí. No de mí. Sino de la palidez de mi piel. De mis arterias por donde circulaba con fluidez la savia, la savia que me vivificaba delante de ti.

No sé cómo pudiste renegar de los bisílabos que emanaban de mi boca antes de ponerme de rodillas.

## CAPÍTULO XVIII

El cadáver de Ella.

Tu cadáver. El tiempo que ha pasado. Mis arrugas alrededor de mis ojos.

En todo veo la profundidad de las cosas, en todo veo el resto de una piel, la tuya. Siento asco. Y temor.

Y un respeto que me atempera, que languidece en mí, que me sustrae del mundo.

Tu polla sigue en mí. Tu polla continúa en mí. Vive conmigo. Me anima a seguir con vida, a respirar todavía.

Ahora que miro hacia fuera, ahora que sigo sentada en el sitio desde el que Ella nos observaba, valoro la textura de estas superficies que construyen el mundo, mi mundo, nuestro mundo.

No temo la oscuridad. Mi padre se ha escindido en dos animales insignificantes cuando cierro los ojos, roedores que se ahorcan con sus propios apéndices.

Que se joda. Como las goodreaders.

## CAPÍTULO XIX

Era el color negro. La lencería negra. La lencería para mí, tu profesora favorita, la profesora. Otras razones para sentirte útil e indispensable para mí.

Dejabas que mis labios absorbieran con sigilo. Dejabas que el silencio amortiguase el filo de la navaja, los gritos de los vecinos, nuestros secretos, nuestra decepcionante percepción del prójimo, el miedo de mi madre conversando con el mío, la joven del suéter ajustado que nos espiaba en la cafetería y a la que te follabas a mis espaldas.

A la que te follabas.

A la que te follabas, Richard.

A la que se follaba tu oscuridad.

Y yo, con la mentira, mamándotela de rodillas, con la mentira sobre mis hombros.

Desbocada, con el miedo aplacado, yo, la yogui fellatio, creyendo que era imprescindible para sentirnos sucios, los dos, anudados, una sola enredadera, un solo ser, un solo cuerpo, una sola polla-coño.

¿Por qué?

¿Por qué fuiste tan altivo? ¿Por qué dejaste que el orgullo te matara? ¿Por qué dejaste que el mío también te matara? ¿Cuánto semen necesitabas descargar por semana?

Me asustas.

El semen, el tuyo, abundante, como el miedo. Y yo confiando en que podía olvidar el nudo corredizo que las manos de mi hermano hicieron con la mayor eficacia.

Y yo, confiando en que podía olvidar las palizas que mi madre recibía, sus heridas invisibles, sus ojos catatónicos, el temblor de sus labios, su hedor a moho, el alcohol de mi padre mojando mi espalda, sin tatuajes todavía.

Estoy húmeda. Los conductores de autobuses se han puesto en huelga. Es la



excusa perfecta para no ir a clase. Los alumnos se perderán mi nuevo escote.

El fuego lo purifica todo y no había otra elección.

Un incendio es un orgasmo, una muerte rápida, una eyaculación de luz, lo incandescente, las aguas en las que me sumerjo antes de que las gaviotas destrocen mi cuerpo si permanezco mucho tiempo a flote.

No puedes perdonarme. Estás muerto. Como mi madre y como Ella.

## CAPÍTULO XX

Debía dolerte llevar esa clase de ropa interior. Debía estrangularte los testículos.

La tristeza es poder.

Tu erección era poder. El inicio del *Ulises*, de Joyce, es poder, especialmente el primer párrafo.

A veces me gusta pagar con una VISA porque un acto así, tan insustancial aparentemente, está lleno de poder.

Tus descargas de semen eran poder. Y tu mirada incierta, desalojando la luz que merecía que nos contemplásemos con total nitidez.

La tristeza era poder y esas hojas que la violencia del tenue gris hería cuando daban las cinco y parecía que todo se apagaba con deliberación.

Mi coño era poder. Mi coño entregado a tu polla, a tu verbo fácil, incandescente, pero breve. Quiero pasarme la tarde mirando por la ventana.

Soy una mujer completa. Sin ti. Sin Ella. No te engañes.

Mi coño recibió más descargas que el suyo. Estoy segura. Cada frase que articula mi boca es poder.

Otra tarde gris.

Quisiera echarte de menos, Richard.

Pero un coño no puede echar de menos a nadie. Quizá a algo, a tu polla, a tu venosa polla, tan espléndida y barroca como tu verbo, como tu oscuridad.

Llevo el último juego de Gucci que me regalaste.

Y siento la fragilidad del desprecio buscado para que yo no levantara cabeza cuando tu puño presionaba sobre mi desatendida nostalgia, sobre los muertos que callan, pero que me inspiran todavía mientras los autobuses comienzan de nuevo a recorrer Bloomsbury.

## CAPÍTULO XXI

Ella no tenía más tetas que yo. Te gustaban las tetas. Lo sé.

Sé, por una de mis alumnas, que Ella se besaba contigo en lugares comunes. Querías exhibirte y exhibirla mientras yo me paraba delante de los espejos a esperar a que una extraña vibración humedeciera mi coño con solo imaginarte cerca.

Ella no odiaba permanecer en la estación a la espera del último metro. A Ella le gustaba pararse en el andén, fingir que era una mujer solitaria sin nadie a quien confesarle sus inquietudes intelectuales. Pero Ella te tenía a ti. ¿Y yo?

Yo era un coño y bastaba.

Londres no es una ciudad tan grande como parece.

Ha sido todo demasiado breve, Richard. Demasiado fugaz. Como lo fue mi madre después de una paliza. Demasiado breve. Una madre demasiado breve.

¿Y tú? Una polla olímpica con fecha de caducidad.

## CAPÍTULO XXII

No tengo mucho más que escribir.

El tipo que me vendió el arma y me enseñó a disparar sigue amando los gatos. A veces, nos vemos en el solar.

Los escombros son míos. La soledad es mía. La soledad contribuye a que entienda mejor a los clásicos. La oscuridad revive en mí cada vez que la evoco, cada vez que tu polla exige que yo la describa en el aire como describo palabras que han formado parte de mi biografía: “oscuridad”, “madre”, “miedo”, “letanía”, “útil”.

Puedo tocarlas. Entran en mí cuando me apetece.

Ella está muerta. Mi madre está muerta. Tú estás muerto. Algo en mí está muerto también y lo agradezco.

Un desfile de estudiantes ilustra el final de este relato, ese desfile de estudiantes que cruza el paso de cebra, que rebasa el umbral de una cafetería de moda. Yo podía pasar por una de esas muchachas. No soy una mujer vieja. Tengo buenas tetas y estoy húmeda.

Lo lamento, Richard.

No fuimos felices. No fuimos nada. Ceniza, semen, polvo, maquillaje mezclado con el sudor, palabras polisémicas, frases obscenas, un café a media tarde, una camiseta ajustada en el torso impecable y perfecto de Ella, la luz que describe la nervadura de las hojas, un documental sobre Chernobyl a media noche, un gato asomándose entre las ruinas mientras un tipo me enseñaba a disparar, un recuerdo de acero, mi padre golpeando a mi madre, el póster de un cantante adolescente que inhalará lejía, la senectud de un anciano víctima de un ictus.

No fuimos nada. Mejor así, ¿verdad?

Mejor así. La oscuridad acabará por fagocitar a los cadáveres.

Y yo sobreviviré en esta ciudad.

Las jóvenes desaparecen en el interior del local. Tampones y compresas húmedos, labios con el ansia del botox, hambre de poesía, hambre de Juego de Tronos, hambre de semen, hambre de feminismo, hambre de amaneceres en Uluru, agujetas maxilofaciales, un café derramado, una polla oscura, un atardecer en el fondo del váter cada vez que estiro de la cadena y mis heces resbalan hacia el Atlántico.

Soy plancton.

Soy un ser impuro, hambriento de polla, dañado de olvido.

Hoy volveré a telefonar a papá.

Quizá salgamos a dar una vuelta. ¿Por qué no?

Tu opinión me interesa

Tras la lectura de alguna de mis obras, puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi e-mail personal: [ulisesnovo7@gmail.com](mailto:ulisesnovo7@gmail.com). Encontrarás mi perfil tanto en Twitter, como en Facebook o en Instagram.

En este enlace para Amazon, podrás encontrar todas mis obras:  
<https://goo.gl/WSwkDh>

Gracias por ser tan generoso.

## Breve nota biográfica de Ulises Novo

Ulises Novo es el pseudónimo de un antropólogo, escritor y crítico literario con numerosas publicaciones a sus espaldas. Su trabajo actual está vinculado a sus dos grandes pasiones: la literatura y los medios de comunicación. Puedes encontrar gran parte de su oficio como articulista en el periódico de análisis global Mundiario: <http://www.mundiario.com/author/ulisesnovo>.

Ha ganado numerosos premios literarios y todas sus obras reflejan su corrosiva visión sobre la crisis de valores en la que está sumergida la sociedad actual.

El sociólogo Zygmunt Bauman ha definido esta coyuntura como “sociedad líquida” porque las vidas de los ciudadanos, sin rumbo fijo, están inspiradas en la precariedad y la incertidumbre. Los trabajos de Ulises Novo son una forma de indagar en esa concepción sobre nuestra forma de convivir.

# ÍNDICE

- PORNUS Ulises Novo
- PRIMERA PARTE
- CAPÍTULO I
- CAPÍTULO II
- CAPÍTULO III
- CAPÍTULO IV
- CAPÍTULO V
- CAPÍTULO VI
- CAPÍTULO VII
- CAPÍTULO VIII
- CAPÍTULO IX
- CAPÍTULO X
- CAPÍTULO XI
- SEGUNDA PARTE
- CAPÍTULO I
- CAPÍTULO II
- CAPÍTULO III
- CAPÍTULO IV
- CAPÍTULO V
- CAPÍTULO VI
- CAPÍTULO VII
- CAPÍTULO VIII
- CAPÍTULO IX
- CAPÍTULO X
- CAPÍTULO XI



- CAPÍTULO XII
- CAPÍTULO XIII
- CAPÍTULO XIV
- CAPÍTULO XV
- CAPÍTULO XVI
- CAPÍTULO XVII
- CAPÍTULO XVIII
- CAPÍTULO XIX
- CAPÍTULO XX
- CAPÍTULO XXI
- CAPÍTULO XXII
- Tu opinión me interesa
- Breve nota biográfica de Ulises Novo